

## 024. La Esperanza

Tenemos en nuestro lenguaje popular un dicho que repetimos muchas veces:

- *La esperanza es lo último que se pierde.*

Está muy bien, y es muy cierto. Porque este sentimiento suaviza mucho la vida en medio de las dificultades que nos pueden sobrevenir. La esperanza lo consigue todo.

Y, mirando a Dios, ¿podemos decir también que *la esperanza es lo último que se pierde?* La esperanza, regalo inmenso que Dios nos hizo junto con la Gracia en el Bautismo, dura toda la vida, y sólo con el morir se pierde o deja de existir esa esperanza. Y esto, por doble motivo.

Porque el que muere, si entra en la Gloria de Dios, ya no tiene esperanza ninguna, pues ha conseguido para siempre todo lo que puede desear, y así la esperanza no existe en el Cielo.

Y si el que muere se pierde, pierde también toda esperanza, porque sabe que todo lo ha perdido para siempre y es inútil soñar en una solución. El verso más sabio y más trágico de toda la literatura universal es aquel de Dante, que advierte a los que se pierden:

- *Dejad afuera toda esperanza los que entráis aquí.*

Pero en la vida, el cristiano no pierde nunca la esperanza. Porque tiene la certeza de que Dios va a cumplir su palabra de darnos la Gloria que esperamos, junto con medios necesarios para conseguirla.

¿En qué se funda la esperanza cristiana, metida por Dios en nosotros junto con la gracia bautismal? Pensemos, ante todo, en Dios, el Fiel, el que no puede desdecirse, el que cumple siempre. El Dios que puede asegurar que pasarán el cielo y la tierra, pero que sus palabras o promesas no pasarán. Y si ha prometido llevarnos a su Gloria, de meternos en esa Tierra prometida, antes se hundirá el mundo que dejar de cumplirse lo que Dios ofrece, nos promete y nos da.

Si falla al fin nuestra salvación, habrá sido por culpa nuestra. Por haber rechazado la salvación que Dios nos regalaba. Por habernos empeñado en seguir por otro camino que el señalado por Dios. Por haber sido egoístas con Dios, que nos pedía a cambio el pequeño servicio de nuestro amor, manifestado por las obras de nuestra fe en el cumplimiento de su voluntad.

En la vida, no perdemos nunca nuestra esperanza en Dios. Dios nos ha dicho que quiere la salvación de todos. Dios nos asegura por San Pablo que a los que Él llamó con la vocación cristiana y santificó por el Bautismo, no los deja hasta haberlos glorificado.

Miramos a Jesús, y nuestra esperanza no tiene límites. Nos llama. Nos invita. Nos promete. Se pone al frente de nosotros. Jesús tiene mucha más capacidad que el mayor de los genios militares para vencer a cualquier enemigo de nuestra salvación.

Se me ocurre a este propósito lo de Alejandro Magno, cuando quiso conquistar el Asia. Contaba con pocos recursos, pero estaba cierto de la victoria. Había hecho tales regalos a sus amigos, que uno de ellos le preguntó preocupado:

- *¿Pues, qué reservas para ti?*

Y el conquistador respondió rápido y firme:

- *La esperanza* (Weiss, H.U. II, p.922)

Esta esperanza tenía una base cierta: el talento singular de Alejandro para la guerra.

Jesús, nuestro Divino Capitán, ha celebrado ya su victoria, pues ha entrado al Cielo, según nos dice la Biblia en la Carta a los Hebreos, *como precursor nuestro*, y se ha adelantado —nos dice Él mismo— *para prepararnos un lugar*, porque quiere que donde está Él estemos también nosotros... (Hebreos 6,19-20. Juan 14,2 y 17,24)

¿Puede asaltarnos alguna vez la desesperanza, si o no?... Lo único que puede echar a perder el plan de Dios es nuestro pecado. Pero, aún así, no se ha de perder la confianza de que Dios nos dará el don del arrepentimiento y poder dar marcha atrás. Nadie ha expresado esta verdad mejor que esa Santa joven, Teresa del Niño Jesús, inocentísima, que escribe este párrafo incomparable:

*- Lo que ofende a Jesús, lo que le hiere el Corazón, es la falta de confianza. Yo estoy segura de que, aunque tuviese oprimida la conciencia con todos los crímenes imaginables, no disminuiría en un ápice mi confianza. Con el corazón destrozado de arrepentimiento, me echaría en los brazos de mi Salvador. Sé que ama al Hijo Pródigo, he oído sus palabras de perdón a la Magdalena, a la mujer adúltera, a la Samaritana. No, nadie podrá atemorizarme, pues sé a qué atenerme respecto a su amor y misericordia. Sé que esa multitud de ofensas desaparecería en un abrir y cerrar de ojos, como gota de agua echada en ardiente hoguera.*

Esto, lo que dice ese ángel de Teresita.

Si ni el pecado nos puede arrebatar la esperanza, pues Dios es mucho más grande que nuestro pecado, ¿a qué hemos de temer?... A nada ni a nadie.

¿Es cierto o no es cierto que también ante Dios *la esperanza es lo último que se pierde*, mejor dicho, que no se pierde nunca?...

¡Qué bien lo expresó Teresa de Jesús, con sus versos famosos! Son breves, y una vez oídos no se olvidan ya nunca:

*Nada te turbe - nada te espante, - Todo se pasa, - Dios no se muda.*

*- La paciencia - todo lo alcanza. - Quien a Dios tiene, - nada le falta.*

*- Sólo Dios basta.*